

La Persistencia de la Memoria

en *Viaje al Amanecer* de Mariano Picón Salas

Betulio Bravo Arteaga

“La memoria, aquella cumbre del abismo”
Maurice Blanchot

En su libro “Regreso de Tres Mundos”, Mariano Picón Salas² se refiere a la memoria como *lo más persistente del hombre*. Expresión esta que deja ver en pocas palabras sus profundos vínculos con la historia. Acaso porque asume el arte de contar como quien relata lo acontecido para solazarse en la singularidad del testimonio y hacer que resplandezcan en su pluma los enigmas que el tiempo ha emborronado. Su afán por el pasado impulsa al historiador a volver sobre los pasos de otros que le antecedieron en la aventura. Y así, con el firme propósito de *esclarecer la trama de la vida*, emprende el viaje que le permitirá ofrecer a la memoria un presente y un destino. Y es que contar historias, *más que una lección práctica* — así lo dirá el propio Picón Salas—, *es un entretenimiento liberador para el cansancio del hombre*. Bien sabe el historiador que sus remembranzas, incluso las del oprobio, hacen llevaderas las desdichas como si en ellas la conciencia pudiera encontrar algún sosiego.

Pero cuando el deseo de atestiguar se confunde con el imperativo autobiográfico, el historiador se encuentra a merced de los extraños designios de la memoria y es posible que experimente cierto estremecimiento al producir el relato de su propio tránsito por el mundo. En tales circunstancias, el mismo autor de la requisitoria se convierte en tema de la historia, por lo que no tendrá la menor oportunidad para desprenderse de su lucha existencial y de su extravío. Sin embargo, puede que encuentre una zona de alivio al intentar el retorno a la sensibilidad de la infancia, a ese estadio de la vida donde acuden otras voces a nuestro auxilio y en cuyo inocente *vagido*, las palabras adquieren --así lo diría Guillermo Sucre-- *la limpidez de lo que renace como fábula*³. Si otro fuera el caso, y el autor pretendiera dominar la escena, abandonándose plenamente al rigor de la conciencia, entonces ya no podría escapar del cerco de su biografía y el narrador correría el peligro de perderse, irremediablemente, en el propio acto de la enunciación. Cabe anotar la advertencia Picón Salas acerca de no confundir el autor con la obra por cuanto caeríamos en el más intrincado engaño.

Sostiene Blanchot que los hombres no pueden evitar vivir *suspendidos entre todo recuerdo y toda ausencia de recuerdo*⁴, pues, no alcanzaría a volver sobre sus pasos sin abismarse en las profundidades del olvido. Señala este autor que la memoria olvidadiza existe en tanto se deja acompañar por este gendarme de los recuerdos. Sólo en el territorio del olvido habitan aquellos fantasmas que hemos querido acallar y que han quedado allí, a la espera de un quiebre de la conciencia, de una señal de la memoria, cuando ésta venga haciendo alarde de su extraordinario poder de evocación. Allá, en el fondo de nuestro particular abismo, se estaría renovando siempre la expectativa de un retorno al amanecer de los tiempos primordiales, a través de la palabra que nombra --y al nombrar está actualizando lo evocado--, se articula nuevamente *el mito de la niñez, de los seres y las cosas que hacen a la memoria*.

¿Para qué iluminamos el pasado si no para atesorar las vivencias en su intensidad y plenitud?, ¿Por qué intentamos repetir aquello que causó asombro o que provocó el miedo?. ¿Acaso lo hacemos con la idea de recordar que aún vivimos o; más bien, con el único propósito de cubrir nuestras faltas en el movimiento giratorio de la repetición?. Quizá veamos en la memoria la principal causa de nuestros *dévanos* y quisiéramos, en ocasiones, darle motivos a la conciencia para que experimente la añoranza en sus múltiples expresiones: mediante el arrebató del guerrero, el delirio del poeta o, como en Picón Salas, emulando la medida del peregrino.

De cualquier forma, la añoranza nos constituye para que aprendamos a experimentar la distancia de lo que se ido, sin sucumbir a la locura. Esto explica la nostalgia de la naturaleza perdida y el apremio de aquello que hemos creído poseer pero que ha

desaparecido en la brevedad de la existencia. Afirma Henri Bergson⁵ que *el camino que recorreremos con el tiempo está jalonado de despojos de todo cuanto comenzábamos a ser, de todo cuanto habiéramos podido devenir*. En este sentido, la vida personal se va semejando cada vez más a la historia de la humanidad en el extrañamiento y en la expectativa de futuro: *Sentimos la nostalgia del mundo que dejamos atrás* —agregaría por su parte Picón Salas—, *o la utopía ardorosa, siempre corregida y rectificadas, de ese otro mundo a donde quisiéramos llegar*. Aún cuando opongamos resistencia, la nostalgia se llena de memoria y aquello que se añora hace rasgar el alma y acumula un peso que se torna insoportable. Por eso el desterrado encorva los hombros como si llevara consigo toda la carga del olvido. No obstante, el desterrado recurre a la memoria para comprobar que vive en los otros y que, por lo tanto, existe la esperanza de alguien que lo evoca y hace los preparativos para su retorno. No importa si esto forme parte del sueño o sea verosímil sólo a través de la poesía.

Así es la añoranza en Pérez Bonalde, nuestro autor de “Vuelta a la Patria”⁶ quien, acosado por la nostalgia de la tierra nativa, escribe: *no hay pena ni ensonada en mi mente/ que no venga a despertar una memoria*. En medio de la pena que lo embarga, el recuerdo se convierte en lámpara que ilumina los tiempos de la inocencia: *en mi memoria alumbra/ el recuerdo feliz de mi infancia*.

Mariano Picón Salas, en su faceta de crítico literario, dedica unas líneas a Pérez Bonalde, con quien parece identificarse en su condición de desterrado, acompañándolo en su nostalgia cuando el poeta *se va con su dolor por esa comarca de luces lejanas, de perspectivas indecisas, de recobrado y difuso paisaje de su infancia*. Sin embargo, pese a los parentescos que promueve la nostalgia en ambos autores, sería una ligereza de nuestra parte intentar alguna analogía del poeta —en su canto melancólico—, con la añoranza que se repite como leiv motiv en la obra de Picón Salas. Sabemos que ambos se han propuesto recuperar las vivencias de la infancia en el despertar de la visión poética. Sin embargo, mientras que Pérez Bonalde evoca el paisaje bajo el efecto de su tristeza; Picón Salas, en su novela “Viaje al Amanecer”(1943)⁷ —para citar solamente su más importante obra narrativa—, convierte la añoranza del pasado en *arma ideológica para enfrentarse al futuro*⁸. De esta manera, la conciencia acerca de un tiempo que se ha ido se afirma —paradójicamente— en la posibilidad del tiempo recobrado. Podemos apreciar además, en la novela de Picón Salas, que la evocación de la majestad del paisaje no surtiría en la memoria su efecto mágico, si al mismo tiempo no se invocaran los fantasmas de la infancia, los mismos que transforman los lugares y las cosas en un conglomerado de voces que cuentan historias para aliviar el cansancio de los días.

En Picón Salas, la memoria –bien lo dice Guillermo Sucre– *se celebra a sí misma para convertirse en tiempo y relato puro*. Por consiguiente, en vez de apocar el ánimo, la añoranza sirve para conjurar el ímpetu bárbaro que se esconde en el aparente sosiego de la época. El autor de “Viaje al Amanecer” opone, a la excesiva virilidad de la guerra y de los valores añejos de la provincia, la carga simbólica de la imagen femenina, representada en Maricastaña. Esta persistente mujer es la única capaz de desafiar el paso del tiempo y la mejor garante de que la vida no pierda el encanto y la inocencia de los días primigenios.

Pero en Picón Salas la necesidad ideológica de contribuir a crear una nueva conciencia colectiva se extravía con frecuencia en la ficción del relato, al tiempo se explora los profundos abismos de la memoria. Guillermo Sucre se ha detenido en este punto y ha señalado al respecto que, al leer su obra narrativa, nos convertimos en testigos del debate entre la inteligencia y la fantasía poética, lo cual crea una tensión que, de cierta manera, provoca la desaparición progresiva de los límites de la profanadora imaginación y el discurso ordenador de la racionalidad.

Es de hacer notar que el procedimiento analítico ya conocido en Picón Salas por sus numerosos ensayos y estudios históricos, se puede percibir con claridad en la novela “Viaje al Amanecer”. Esta impresión es perfectamente evidente en la organización ascendente de la secuencia del relato y, sobre todo, en el juego de contrarios que el autor desarrolla sin mayor disimulo a lo largo de las tres etapas en que se divide la obra. Se presentan, de un lado, los múltiples signos que configuran los valores tradicionales y las costumbres atávicas; y, de otra parte, los momentos intensos que describen los primeros asomos al saber ilustrado y a la cultura universal. Estas oposiciones, aunque llevan sentidos contrarios parecen cruzarse en el imaginario del viaje: el recorrido inverso de la memoria en las historias contadas y, la trayectoria hacia el futuro, representada por las extraordinarias aventuras nacidas a partir de la lectura. En el primero, personajes pintorescos, ligados íntimamente a las manifestaciones de la naturaleza en su estado más puro, crean la atmósfera mítica del retorno (Josefa, El Mocho Rafael, el Abuelo). En el segundo, la figuración del viaje encuentra su principal motivación en los libros de aventuras presididos por los excitantes relatos del escritor italiano Emilio Salgari.

La lectura de “Viaje al Amanecer” no deja dudas acerca de las cualidades narrativas de Mariano Picón Salas. Sorprende el entramado de historias que se confunden con las propias percepciones del niño que recién despierta a la conciencia, en un ambiente estrictamente condicionado por la religiosidad y el respeto al orden establecido. El

escritor es seducido por la poética de la memoria y lo que en principio fue añoranza teñida por el destierro se transforma, por el efecto de la ficción, en deleite estético de las vivencias del pasado.

Ahora bien, si en una perspectiva intertextual buscamos afinidades con otras obras de este estilo en la literatura venezolana vamos a encontrar, en una primera hojeada, a dos importantes novelas como son “Memorias de Mamá Blanca”(1929)⁹, Teresa de la Parra y “Memorias de Altagracia” (1974)¹⁰, Salvador Garmendia.

Teresa de la Parra evoca en su novela el mundo de la infancia, dejando escuchar el eco del mito que se expresa en la espectral soledad de Mamá Blanca. La mirada penetrante de la memoria descubre el fascinante paisaje de los primeros días, cuya imagen deslumbrante contrasta con la rutinaria vida de la familia. El llamado de la naturaleza, simbolizada en la anciana, sirve para conjurar el orden impuesto por esas otras voces que han perdido la sensibilidad ante el paisaje, En este sentido, sólo se exceptuarían dos personajes extravagantes que parecen flotar en la irrealidad de la imaginación infantil. Estos son Vicente Cochocho y el Primo Juancho, figuras contrahechas que nunca llegarán a la plenitud de su heroísmo por cuanto no han transgredido el límite de su inocencia. De Vicente Cochocho se dice *que merecía que la gloria le hubiese abierto de par en par sus grandes puertas*. Mientras tanto, el Primo Juancho *no podrá gobernar ni dirigir nada no por falta de aptitudes sino por exceso de pensamiento*.

Teresa de la Parra –como Pérez Bonalde– evoca el paisaje, aferrándose a la memoria la infancia para distraer la ruina que representa la muerte. La melancolía se apodera de sus recuerdos, significando en el retorno la única felicidad posible. “Viaje al Amanecer”, también recrea la añoranza de la naturaleza perdida por medio de la evocación poética. Sin embargo, Picón Salas pone especial cuidado en que la historia no pierda su clima de ensueño para que el mito renazca en *aquellos parajes pretéritos, oler ese tiempo, convocar una fantástica familia de fantasmas*. A medida que avanzamos en la lectura de la novela asistimos –como formando parte del conglomerado de voces que hacen a la memoria–, al despertar de la reflexividad de aquel niño que, hasta en sus horas de miedo, intenta sacar provecho del asombro. En esto, la novela de Picón Salas, podría ser considerada como un antecedente invaluable de “Memorias de Altagracia”.

Aquello que en “Viaje al Amanecer” se percibe como una concesión al imaginario por parte del autor y que se convierte en uno de sus hallazgos más preciados: la apertura a la imaginación desde la porosidad de la memoria; adquiere en la obra de Salvador Garmendia, el significado de la clave de su estilo narrativo. En “Memorias de Altagracia” el paisaje revela sus enigmas a través de las visiones maravillosas del

niño. Éste interroga la vida que transcurre en la superficie para indagar en cada uno de sus pliegues y descubrir otros mundo posibles. Ambos autores exploran los mitos que se esconden en el aparente sosiego del pueblo nativo, inventando nuevos espacios para el disfrute de la vida. Tal como lo muestra el Mocho Hernández en la obra de Picón Salas, a través de la geografía del aire, y la proeza de horadar el verdadero cielo en el infinito de la memoria, por parte de Mr. Boland en "Memorias de Altagracia, de Garmendia.

Notas

- 1 BLANCHOT, Maurice. *Ohvidadiza Memoria en El Diálogo Inconcluso*, Monte Avila Editores. S.A. Caracas, 1970.
- 2 PICÓN SALAS, Mariano. A partir de aquí, todas las citas de este autor pertenecen a sus obras: *Viejos y Nuevos Mundos*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1983.
- 3 SUCRE, Guillermo. Prólogo al libro de Picón Salas *Viejos y Nuevos Mundos*. Ob. Cit.
- 4 BLANCHOT, Maurice. Ob. Cit.
- 5 BERGSON, Henri. *Memoria y Vida*. Alianza Editorial. Madrid, 1987.
- 6 BONALDE, Pérez. Versos del poema *Vuelta a la Patria*, citado por Mariano Picón Salas en su Ensayo *Paseo por nuestra Poesía*, publicado en *Viejos y Nuevos Mundos* Ob.Cit.
- 7 PICÓN SALAS, Mariano. *Viaje al Amanecer*, en *Autobiografías*. Monte Avila Editores. C.A. Caracas, 1987.
- 8 MOLLOY , Silvia. Esta autora subraya esta idea en su estudio sobre la obra autobiográfica de Mariano Picón Salas. Este trabajo aparece publicado en su obra *Crítica Acto de Presencia. La Escritura Autobiográfica en Hispanoamérica*. Fondo de Cultura Económica. México. 1996.
- 9 DE LA PARRA, Teresa. *Memorias de Mamá Blanca*. Monte Avila Editores. Caracas 1983.
- 10 GARMENDIA, Salvador. *Memorias de Altagracia*. Monte Avila Editores Latinoamericana C.A. Carcas, 1990.